

SON antillano

Camagüey, bongós y maracas.

—Isla afrocubana—.

Ñánigos. Un SON delirante.

—Isla afrocubana—.

Dulces mestizas color bronce

—Isla afrocubana—

olorosas a mangos y a piñas,

—Isla afrocubana—

con sus batas multicolores

—Isla afrocubana—

se columpian en las hamacas

—Isla afrocubana—.

Manigual húmedo y tupido

—Isla afrocubana—

siembra y hervor de malarias

—Isla afrocubana—.

Mamey, caña y ron Bacardí

—Isla afrocubana—

La faz mongola de un mestizo

—Isla afrocubana—

fauno acechando en la espesura

—Isla afrocubana—

a Venus negras y opulentas

—Isla afrocubana—

de preadámica anatomía

—Isla afrocubana—

que, en la manigua, cantan, giran

—Isla afrocubana—

bajo el maleficio lunar

—Isla afrocubana—

en un rito ancestral y bárbaro

—Isla afrocubana—.

Aroma espeso a salvajina
 —Isla afrocubana—
 a montuno, a jíbaro. Bestial
 —Isla afrocubana—
 reminiscencia de su tribu
 —Isla afrocubana—
 con su tam-tam en ritmo bélico
 —Isla afrocubana—
 En el nocturno colonial
 —Isla afrocubana—
 Mamá Inés prende la candela
 —Isla afrocubana—
 en la barbacoa tropical
 —Isla afrocubana—
 para su alioli y su tasajo,
 —Isla afrocubana—

Corazón del Africa negra
 —Isla afrocubana—
 tribu altiva de Tombuctú
 —Isla afrocubana—
 Reyes de ígnotas geografías
 —Isla afrocubana—
 muelen la caña en los trapiches
 —Isla afrocubana—

Son de treses, bongó y maraca
 —Isla afrocubana—
 El acordeón, en el batey,
 —Isla afrocubana—
 preludia y canta una habanera
 —Isla afrocubana—
 nostalgia atroz peninsular
 —Isla afrocubana—

POMPEYO CRUZ

LA SERENA EN EL SIGLO XVIII (1)

Por ANTONIO AGUNDEZ

C es un gran placer para mí ocupar hoy la tribuna, tanto por lo que tiene esta Casa de prolongación de nuestros hogares domésticos, lo que hace sentirnos aquí como si estuviésemos en ellos rodeados de nuestros familiares, de nuestros pequeños recuerdos de nuestros dioses lares; y tanto por dedicarse este día a Villanueva de la Serena, donde vivo, donde me nació un hijo y donde dí nacimiento a ese otro hijo espiritual, ese libro sobre la Serena que, siendo de escaso mérito personal, me ha valido vuestra generosa invitación, y quiere ser el benjamín de los otros muchos que han contribuido a extender las grandezas y glorias de Extremadura. Y como benjamín, menudo y tierno, pide vuestra benevolencia igual que os la pide su autor para esta conferencia, la cual, si no va adornada de hermosas y lucidas galas en el bien decir, tiene al menos todo mi cariño y entusiasmo para nuestra región y para todos vosotros.

«La Serena en el siglo XVIII» es el título del tema. Esto requiere primeramente que lo encuadremos en aquella centuria tan ensalzada por unos y tan maldecida de otros. Juan Pablo Forner, nuestro excelso paisano, que en ella fué lucero refulgente de la ciencia patria, dijo que era un siglo de ensayos, de diccionarios, de diarios, de impiedad, siglo hablador, charlatán y ostentador.

El gran suceso histórico de la época fué la Revolución Francesa, la que con su fácil señuelo de libertad, igualdad y fraternidad hizo temblar los más firmes cimientos de la sociedad europea y arrojó a los suelos los principios fundamentales que desde la Edad Media habían consolidado el orden, la paz y la prosperidad, es decir, al Altar y al Trono. En España, los encargados del timón público, temerosos de los días del Terror, cierran los Pirineos a publicaciones y propagandas de los enciclopedistas y vigilan atentamente a los refugiados y sus valijas. Pero las ideas habían entrado ya, y un copioso grupo de hombres de letras y ciencias, cuyos mayores habían difundido por todo el orbe las más puras doctrinas de la teología, la filosofía, el derecho natural y el de gentes, las bases, en fin, para la feliz convivencia de todos los seres humanos en esta tierra y el camino seguro para llegar a buen puerto en la hora de la muerte, recogieron

(1) Conferencia pronunciada en el Hogar Extremeño de Madrid el día 13 de Junio de 1956.